

Justos por pecadores

POR LUISGÉ MARTÍN

Cuando Angela Merkel ganó las últimas elecciones en Alemania, en septiembre de 2009, nombró como ministro de Asuntos Exteriores a Guido Westerwelle, del Partido Demócrata Liberal. Westerwelle había presentado en sociedad a su novio varios años antes, y era, por lo tanto, reconocidamente homosexual. Los alemanes, al parecer, se sintieron en ese momento orgullosos de la imagen de modernidad de su país: dirigido por una mujer y representado ante el mundo por un gay.

La estrella de Westerwelle, sin embargo, comenzó a declinar pronto por algunos errores cometidos. Entre ellos, el de llevar como asesor en viajes oficiales a su novio, que es empresario y tiene intereses comerciales diversos en el extranjero. A un viaje realizado a Asia a principios de año se hizo acompañar por un socio de su hermano. Y a un viaje a Brasil, en marzo, se llevó en el séquito a un empresario que había financiado a su partido, y a su novio Mronz, sobre el que cayó enseguida la sospecha de querer abrir allí mercado para sus empresas.

La prensa alemana se echó inmediatamente encima del ministro y pidió su dimisión por falta de ética. Algo que habría pasado –con razón o sin ella, eso ahora da igual– en cualquier país de Europa y sin duda en España. Westerwelle no rectificó ni pidió disculpas ni respondió, como hacen muchas veces los políticos acorralados, con enrevesadas e incomprensibles explicaciones. Se envolvió en el sudario de víctima y aseguró que todo aquello ocurría por homofobia y que las acusaciones se producían porque los acusadores no podían soportar que el ministro de Exteriores fuera gay.

Es verdad que cuando uno está desesperado se agarra, si es necesario, a un clavo ardiendo, incluso aunque el clavo tenga la punta para fuera. Pero usar el nombre de la homofobia en vano es a mi juicio una de las cosas más graves que puede hacer un homosexual, sobre todo uno que tiene tanta representatividad y se ofrece a la sociedad como modelo de conducta. Usar la homofobia como escudo cuando lo único que hay es censura de otro tipo, justa o injusta (y parece que en este caso era bastante justa), es como avisar de que

viene el lobo cuando no se le ha visto ni la punta de las orejas. Aunque se salve la propia cara, lo que se consigue es el resultado contrario: poner la condición sexual en el debate innecesariamente, armar de razones al homófobo de verdad, causar la antipatía general de la sociedad y evitar que cuando el lobo llegue realmente los vecinos del pueblo acudan a ayudarnos a salvar a las ovejas.

Una de las mayores lacras que todavía tenemos es la violencia de género, el maltrato físico y psicológico a las mujeres. Para combatirlo se han desarrollado leyes y se han implementado políticas precautorias, invitando a las mujeres a que denuncien sin miedo a sus parejas. Algunas de ellas han hecho denuncias falsas para aprovechar las ventajas jurídicas, económicas y sociales que se brindan a las maltratadas: mayor protección, entrega de la custodia de los hijos, resoluciones lucrativas en el reparto del patrimonio, etcétera. Otras lo hacen incluso por mera venganza, para destruir a su pareja. Son un porcentaje ínfimo de mujeres –un 0'19 %, según datos oficiales–, pero el daño que causan es desproporcionado: cada vez se extiende más en la sociedad la convicción de que existen denuncias falsas generalizadas. Las víctimas de esas denuncias son, antes que nada, los hombres que las sufren, pero en segundo lugar, y de modo indiscriminado, los miles de mujeres maltratadas de verdad, que se convierten de repente en sospechosas y en apestadas.

Con la homofobia pasa exactamente igual. Una denuncia falsa no es un error, sino un disparo en la propia sien. A pesar de todas las modernizaciones y de los avances, la sociedad sigue siendo profundamente machista, y está esperando deslices de este tipo para volver a las andadas: "Ya lo decía yo. Les das la mano y se toman hasta el codo". Excusas como las de Westerwelle se cargan de un plumazo –y nunca mejor dicho– la tarea paciente y esforzada de miles de gays. Por eso deberíamos ser los primeros interesados en combatir esos extravíos.

*** LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).**